

Order Modelo

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 1.

22. FEBRERO
1925.



30
Cénts.

Ayuntamiento de Madrid



PINOCHO

saluda con su tradicional cortesía a todos los niños que hablan español y a todos los periódicos que se imprimen en español.



¿QUÉ OS PARECE?

¿Qué os parece PINOCHO? ¿Es o no es digno de la fama de vuestro amigo y del renombre de Calleja?

Pues ya lo sabéis: cada domingo PINOCHO os visitará para divertirlos con su aluvión de cuentos, de chistes, de historietas, de concursos y de todas las múltiples atracciones que os ofrece. El

domingo será para vosotros, desde ahora, *más domingo que antes* porque el doningo sale PINOCHO.

Y ahora fijaos bien, que viene lo bueno.

PINOCHO regalará a sus lectores todas estas maravillas:

Dos colosales automóviles como éste.



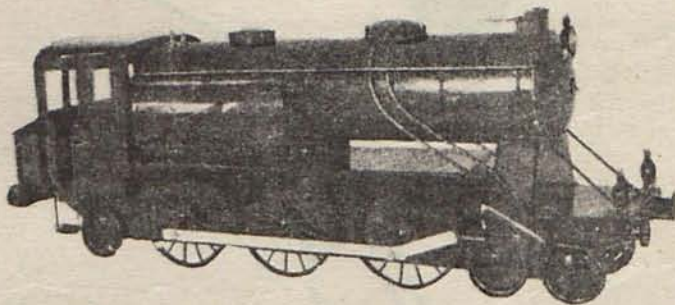
Con frenos, faros eléctricos, marcha atrás, neumáticos Michelin y cambio de velocidad. No tenéis idea de lo formidables que son estos autos. Seguramente los felices amigos de PINOCHO a quienes les correspondan serán los niños más contentos de Europa y de una parte de Asia.

Dos magníficas bicicletas como ésta.



(Estas bicicletas serán de niña o de niño, según sea el agraciado.)

Dos formidables locomotoras como ésta.



Un «trousseau» monísimo como éste.



Seis preciosas muñecas como ésta.



PiNOCCHIO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

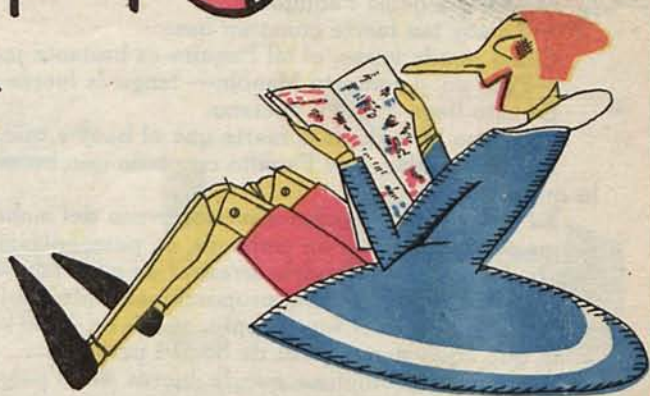
DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA". — DIR. J. BARTOLOZZI.



AÑO I

NÚMERO I

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75 —

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

CASTIGO DE DIOS



En lo más frondoso del valle había una casita limpia y blanca, habitada por una coneja viuda que tenía tres hijas: Rechonchita, Pinta y Pechugueta.

Desde el fondo del valle hasta los más altos picachos del monte no se hablaba más que de la singular belleza de las conejitas, y los conejos mozos se disputaban la suerte de casarse con ellas.

Los domingos por la tarde bajaba de su madriguera un conejito llamado Lunarín, quien, compuesto con sus mejores galas, rondaba la casita blanca.

Nadie acertaba a saber de cuál de las tres conejitas estaba enamorado, pues, al parecer, ninguna de la casa correspondía a sus galanteos.

Sin embargo, Lunarín volvía al domingo siguiente tan peripuesto, y en las cercanías de la casita se pasaba las horas muertas, hasta que el sol se ocultaba tras los picos altísimos.

Pero he aquí que un domingo se vió abrir una de las ventanas de la casita, y Rechonchita, asomando tímidamente, llevóse una manita a la boca, haciendo ademán de ofrecer un beso a Lunarín. Desde entonces para nadie fue un secreto que Rechonchita y Lunarín se querían apasionadamente.

Por aquella época apareció en la comarca un elefante huido, que sembró el pánico entre los conejos que la habitaban.

Ocurría esta historia que os estoy refiriendo hace muchos años, muchísimos, siglos enteros. Bastará con que os diga que entonces los elefantes tenían una nariz corriente, como el resto de los mortales, en vez de esa trompa tan enorme que hoy lucen.

Lunarín llevaba ya dos domingos sin ir al valle a ver a su amada ante el temor de encontrarse de manos a boca con el terrible elefante; pero su corazón enamorado lo impulsaba; tanto es así, que una tarde se decidió, y armado de una escopeta, por lo que pudiera ocurrir, marchó tranquilo al valle.

Más, ¡oh dolor!, ¿qué era lo que veían sus ojos? Junto a la casita blanca estaba el elefante sin quitar la vista ni un solo momento de la ventana de Rechonchita.

Esperó Lunarín unos minutos sin atreverse a dar un paso más. Al fin se echó la escopeta a la cara y disparó. Vió perfectamente cómo el proyectil rebotó en los cuartos traseros del animal y que éste, lejos de caer herido, se limitó a mover el rabo pausadamente.

—¡Eh!, gritó enfurecido—. ¿Qué hace usted ahí? Rechonchita es mi prometida y capaz soy de cortarle el pescuezo al que la mire.

El elefante volvió a mover el rabo, dirigiendo al mismo

tiempo una mirada compasiva hacia el sitio que ocupaba Lunarín.

—¡A usted le digo, a usted! No temo a su fortaleza.

—Está bien —contestó secamente el elefante—; pero Rechonchita será mía, y si continuas molestándome te aplastaré con una de mis patas.

Aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando se encaminó pesadamente hacia el conejito; pero como éste aunque conejo, corría más que una liebre, abandonando la escopeta para quitarse un peso de encima, salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Cuando en el monte contó lo sucedido, todos los conejos se pusieron de su parte, dispuestos a vengarse del elefante.

Lunarín tomó el mando de sus compañeros para dirigir la batida contra el terrible animal. Todos querían proveerse de armas diversas; pero les advirtió Lunarín de la inutilidad de su empleo por la piel tan dura que tiene el elefante, recomendándoles que buscasen y uniesen los trozos de maroma que hallasen en el monte, de las que usan los pastores para atar reses vacunas y llevarlas al mercado.

Hecho así consiguieron formar un buen trozo de gruesa cuerda con la que se dirigieron hacia la casita blanca al sonar la última campanada de las doce en la torre de la iglesia cercana.

El elefante dormitaba recostado contra un árbol. Los conejitos llegaron, y aprovechando el sueño del paquidermo lo ataron fuertemente al tronco. En cuanto terminaron esta operación se fueron al monte, dándole cita Lunarín para la mañana siguiente.

□ □ □

En la puerta de la madriguera de Lunarín estaban reunidos todos los conejos de la comarca, sin saber, ciertamente, para qué se les requería. De pronto apareció éste luciendo

un primoroso chaqué y una chistera de ocho reflejos.

—Vamos —les dijo—. Acompañadme a casa de mi amada Rechonchita, pues hoy se va a celebrar nuestra boda.

La algazara no tuvo límites. Todos, siguiendo a Lunarín, llegaron a la casita blanca, dejando estupefacto al elefante que pugnaba inutilmente por desatarse del árbol... Y la boda se celebró.

□ □ □

Hemos dicho en el transcurso de esta historia que hasta entonces el elefante tenía unas narices proporcionadas.

Pero desde aquel instante en que vió pasar felices a los otros por delante, se quedó el pobre elefante con tres palmos de narices.



CURIOSIDADES

DEL ELEFANTE A..... LA PULGA

El otro día decía Paquito:

—Yo soy tan fuerte como un buey.

Como puede verse, el tal Paquito es bastante jactancioso. Pero su amigo Manolo lo es todavía más.

—Pues yo —contestó Manolo— tengo la fuerza de un elefante.

En esto llega Pepin y declara:

—Eso no es nada; más fuerte que el buey y que el elefante es..... la pulga.

Al pronto, Manolo y Paquito creyeron que bromeaba; pero se quedaron boquiabiertos cuando Pepin explicó lo que sigue:

La pulga es el hércules más asombroso del mundo, puesto que es capaz de tirar de una carga que, pareciéndonos pequeña, tiene, sin embargo, un peso equivalente a 1.493 veces el de la pulga. Es decir, que un hombre que tuviera su fuerza podría arrastrar un peso equivalente al de 1.493 hombres.

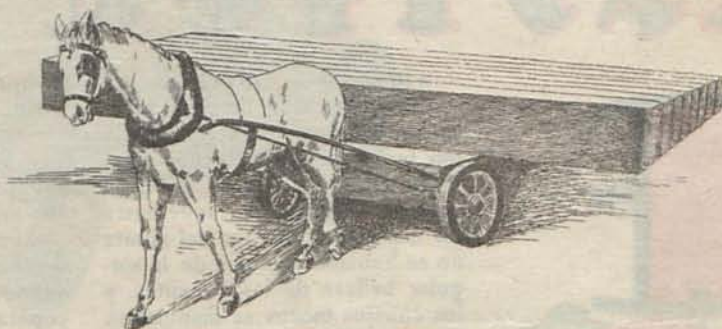
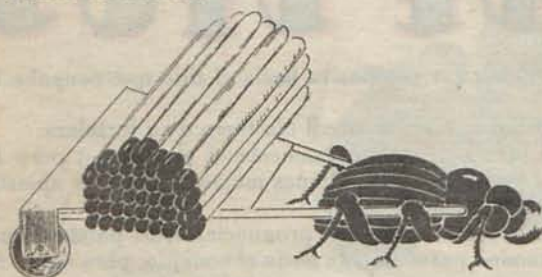
Y si el elefante tuviera, proporcionalmente hablando, la fuerza de la pulga, podría llevar un peso que representara 1.493 veces el suyo propio, que es de 4.000 kilos; es decir, que llevaría una carga aproximada de 5.972.000 kilos, que equivalen al peso de 85.314 personas....., cosa que no hace, ni por casualidad.

No menos prodigiosa que la fuerza de la pulga es su facultad de correr y saltar; el hombre que tuviese su velocidad recorrería 100 metros por segundo, o sea 6 kilómetros (6.000 metros) por minuto, 360 kilómetros por hora, casi cuatro veces más que un excelente automóvil a toda marcha.

En cuanto al saltarín que estuviese dotado de la fenomenal elasticidad de la pulga y pudiese, como ella, saltar a una altura de 200 veces la suya propia, pegaría brincos nada menos que de 340 metros, es decir, de 40 metros más que la altura de la Torre Eiffel, de París.

Pues, ¿y qué me decís del escarabajo? Fabricad un pequeño vehículo en que amontonéis cuarenta palitos, cada cual del tamaño de una cerilla, y enganchadle un escarabajo; tirará de él con una facilidad que, por supuesto, no tendría un caballo si se le enganchara a una carga equivalente, o sea de 80.000 kilos.

Todo esto y muchas más cosas, les explicó Pepin a Manolo y Paquito, dejando admirados de su buen juicio y sabiduría...; lo mismo, exactamente, que vosotros asombraréis a vuestros amigos cuando les contéis lo que os acabo de referir.



Este humilde escarabajo que arrastra cuarenta cerillas, no parece que hace nada extraordinario; en cambio este caballo produce asombro a quien le ve arrastrar 17.000 kgs. de madera. Pues bien: para que el caballo tuviese tanta fuerza como el escarabajo, tendría que arrastrar cinco veces el peso que arrastra, o sea 85.000 kgs.

¿CUÁL ES EL ANIMAL MÁS ANTIPÁTICO?

Ahora que estoy rodeado de «pinochistas» voy a aprovechar la ocasión para haceros una pregunta. ¿Cuál es el animal, a vuestro parecer, más antipático?

¡Uy, cuántas respuestas! Y todas muy justificadas, por supuesto.

Aquel colegial tan aplicado y listo, al que ir a la escuela le gusta casi tanto como leer PINOCHO, exclama:

«Es el burro, porque el burro es tonto».

Pero su hermanito, un nene rubio, dulce y risueño, murmura: «No; es el tigre, porque es malo y se come a la gente.»

Una linda niña, gran lectora y amiga de *Pirula*, afirma con un pequeño mohín de asco: «es la araña».

—«Es el gato, porque es un hipócrita» —afirma rotundamente un niño de esos que no mienten nunca.

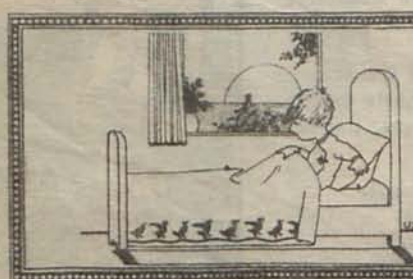
Otras voces se elevan designando al cerdo, por sucio; o a la mosca, por molesta; o a la pulga, porque pica; o a la hiena, por cruel; o a la urraca, por ladrona; o ¡qué sé yo!

Es decir, si que lo sé; el animal más antipático, el que reúne los defectos de todos los demás, ¿a que no lo adivináis? ¡A la una, a las dos y a las... tres! Es el camello.

No vayais a creer que yo he tenido mucho que bregar con camellos; pero me lo han asegurado personas dignas de fe; y como me lo dijeron, os lo cuento. El camello es tonto hasta la estupidez; el camello es ingrato y le importa de su amo, aunque sea bueno y paciente, lo que a vosotros y a mí de una zapatilla rusa; el camello es holgazán, y solamente a fuerza de golpes se logra imponerle una carga; el camello es cobarde y se asusta hasta de un perro o de un lagarto. El camello es insociable y odia lo mismo a los hombres que a los animales. El camello es malo, y en cuanto puede arroja al suelo, pisotea, araña y muerde al hombre que se le ha montado en sus jorobas (digo bien «sus jorobas», porque el camello tiene siempre dos; el que tiene una sola es el dromedario). Como si todo esto fuera poco, el «lenguaje» del camello está compuesto de gritos discordantes inaguantables. Por último, exhala un olor nauseabundo.

Total; que la tan cacareada sobriedad del camello viene a ser su única virtud.

Después de esto, creo que el consejo que os pensaba dar resultará inútil; pero en fin allá va en lo que vale. Si tenéis la intención de hospedar en vuestra casa un animalito de lujo... ¡no escojais un camello!



Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)

y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

JABON CALBER (PASTILLA 1,25)

porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN



— Niño, te prohibo hablar mientras yo hable.
— Pero, mamá, entonces tendré que esperar a que te acuestes.



— ¡Que no sé nadar, que no sé nadar!
(El que está en la orilla).
— Yo tampoco y no doy tantas voces.



Lección de agricultura.
— Dime, ¿cuál es la época mejor para recoger las cerezas?
— Cuando no está el guarda en la huerta.



— ¿Quién ha roto este jarrón?
— Ha sido el gato.
— ¿El gato? ¿Qué gato?
— ¡Ah!, ¿pero no tienen ustedes gato?



— Oye papa: ¿qué animal es ese?
— Una cebra.
— Pues se parece a tí cuando estás en camiseta.



— Parece que llaman.
— Perico el sacristán no será.
— ¡Pero si se murió el año pasao!
— Pues por eso digo que no será.



— ¿Sabes lo que pasó anoche en la Plaza Mayor entre las diez y las diez y media?
— ¡Caramba! No sé nada... ¿Qué pasó?
— Media hora.



El presidente. — ¿Es usted casado?
El acusado. — Con una mujer.
El presidente. — ¿Ha visto usted alguien casado con un hombre?
El acusado. — Sí señor, a mi hermana.



— Pero condenado, ¿qué te has hecho en la cabeza?
— ¡Que la Bibiana me ha tirado un poco de agua...!
— ¿De agua?
— Sí, pero el agua estaba dentro de un botijo.



¿Con que has perdido el machete en el bosque? Pues bien, no saldrás del calabozo hasta que lo hayas encontrado.



— ¿Bebe usted vino muy a menudo?
— No; nada más que en dos circunstancias; cuando como pescado... y cuando no lo como.



— ¡Ay, rico, cuánto has tardado!
— ¿Pero, me conoces?
— ¡Ya lo creo!
— ¿Quién soy?
— Eres mi almuerzo.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER
son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.

AVENTURAS

DE JUAN EL MARINERO

CUENTO DE CALIEJA EN COLORES



Quando le preguntaban «Pero ¿de dónde vienes?» «¿dónde has nacido tú?»... ¿quiénes son tus padres?» abría mucho los ojos y se quedaba serio como si no entendiera bien...

Y no entendía... no sabía bien qué era aquello de tener padres, ni de nacer aquí o allí.

El sabía que era marinero, y nada más.
Erase que se era un marinero.

II

John el marinero se subía a merendar todas las tardes a lo más alto del palo más alto del buque. Llevaba consigo una libreta untada en aceite o en tomate, y una botella de vino pe León; daba un mordisco a la libreta, echaba un trago y fumaba en la pipa, mirando siempre al mar, a lo lejos.

Estaba una tarde merendando cuando vino por los aires una gaviota, y sentándose al lado de John:

—Hola, John —le dijo la gaviota—; tengo hambre; bien podías darme ese pan. John le dió el pan. La gaviota entonces voló, voló, voló, y vino al poco rato con una cosa colorada colgando del pico. Era una petaca mágica, una de esas petacas de goma que usan los ingleses para guardar el tabaco de pipa. Pero no era esta petaca lo mismo que las otras: a ésta, por más que se fumara y se fumara, no se le acababa nunca el tabaco.

En el palo más alto del buque estaba John merendando una tarde cuando subió por el palo un ratoncito y se sentó al lado de John.

—Hola, John —le dijo el ratoncito—, tengo sed. Bien podías darme de ese vino.

Le dió John a beber, y entonces el ratoncito corrió, corrió, corrió, y al poco rato estaba ya de vuelta llevando en el hocico una chinita blanca redondita. Dejó caer la china el ratoncito dentro de la botella, y sólo con eso, desde entonces tendría la botella vino siempre.

En el buque donde servía John había un Lord, un magnífico Lord que a las cinco en punto de la tarde se ponía todas las tardes un chaquet gris, un pantalón gris, unos botines grises, un chaleco blanco y un sombrero de copa color ratón gris perla; se iba con todo aquello al comedor a beberse cinco botellas del mejor jerez que hubiera, una vez después de lo cual paseaba su borrachera ajerezada sobre la cubierta del buque.

—Hola, barbián —le dijo a John un día el Lord al cruzarse con él sobre cubierta—; y siguió paseando, después de dar a John en el hombro una palmada familiar. Detrás del Lord iba un lacayo que a distancia le seguía, llevando al brazo un gabán del señor para que el señor no cogiera relente a la caída de la tarde.

A John le hizo aquello un efecto tremendo; aquel señor tan simpático que le daba palmaditas y hasta le llamaba barbián, a él, a quien nadie le había dicho nada en esta vida... A John no le había pasado nunca cosa igual. A John no le había pasado nunca cosa alguna.

III

Y estaba el marinero en lo más alto del palo más alto del buque, cuando oyó la voz del vigía que gritaba: «¡Hombre al agua!» Miró

I
Érase que se era un marinero.

Tenía colorada la nariz, los ojos claros y el cogote color de rosa.

Parecía de aquí... parecía de allí... parecía de todas partes.

Le llamaban John, pero no se llamaba John. No sabía nadie ni quién era, ni cómo se llamaba, ni dónde había nacido. El mismo tampoco lo sabía. El no sabía nada...

Y cuando le preguntaban «Tú ¿quién eres?» abría los ojos mucho, se reía y se encogía de hombros sin hablar, dando chupadas a la pipa.

John, y, en efecto: nada menos que el Lord se había caído al mar de cabeza, porque, empeñado en andar en equilibrio por la barandilla de la borda, ¡claro está!, se le había escurrido un pie, se le habían escurrido los dos pies, y allí se le veía entre las olas, en un remolino de brazos, pies, botines, faldones del chaquet y sombrero de copa.

John, sin titubear, se puso de pie en el palo y se tiró al mar desde arriba.

IV

Nada por aquí, nada por allá, consiguió atrapar al Lord y echárselo a cuestras para volver con él al buque.

Pero los del barco les perdieron de vista, y allá se quedaron el Lord y John sin tener dónde refugiarse.

Era ya muy de noche cuando tropezaron con un islote muy pequeño; más que islote, peñón; más que peñón, peñasco, pues apenas si media cuatro metros; pero, ¡qué caramba!, lo bastante para que pudieran los dos naufragos subirse a él, descansar y hasta dormirse.

Nueve horas durmieron, en efecto. Ya estaba el sol bien alto cuando despertó a John un estornudo formidable; el Lord se había constipado por haber pasado la noche al raso y sin gabán.

Su lacayo le había tirado el gabán desde cubierta cuando vió que su señor caía al agua; Lord Piper —que así se llamaba el Lord— oyó que el lacayo le decía: «¡El gabán, señor, el gabán!»; pero en aquel momento no estaba para nada, John, al despertar, se puso en pie, respetuoso. —«A las órdenes de V. E.» —dijo, cuadrado y saludando a lo militar, el marinero.

—Siéntate, hijo mío, y no te muevas..., no se vaya a despertar este animalito —contestó el Lord.

—Señor, ¿qué animalito?

—Este que tenemos debajo...

El Lord se había despertado hacia dos horas y había podido comprobar que aquel peñón en donde estaban no era peñón, sino que era una ballena.

El marinero, en vista de eso, buscó tabaco y encendió su pipa.

—¿Quiere el señor? —dijo.

—Gracias, no fumo —contestó el caballero, y suspirando tristemente, añadió:

—¡Bebo...!

—Tengo vino también —exclamó el marinero.

—¡Vino! —respondió el Lord.

Y John, para responder, se metió la mano por la abertura en V de la blusa y sacó, triunfante, la botella.

—Puede beber sin miedo el señor, porque no se acaba nunca.

—¡Hijo mío! Pero ¿qué dices?... ¿Es de veras?

Comprobó el Lord; invitó al marinero: volvió a comprobar el Lord, y, en efecto, al cabo de un rato estaban el caballero y John durmiendo a pierna suelta y mezclando con el rumor del oleaje el rumor de un roncar profundísimo.

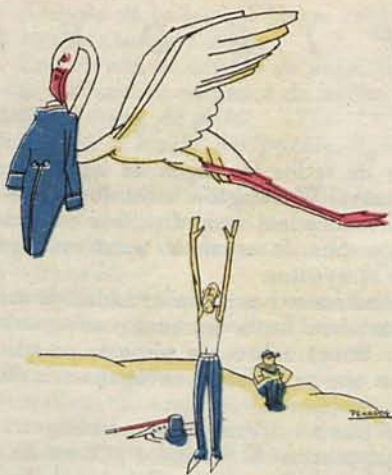
La ballena creyó, sin duda alguna, cuando oyó aquellos ronquidos, que era el ronroneo de la hélice de algún gran transatlántico, y se sumergió. Por un milagro del mundo no tuvimos que llevar la pérdida de un Lord como Lord Piper y de un marinero como John.

Pero no; no tuvimos que llorarlos. Dormidos como leños flotaron también como leños, y el mar les llevó a la orilla como a tantos otros restos de naufragios.

V

Lucía el sol muy alto cuando el marinero despertó con un gusto salado en la boca; soñaba que tenía lo que tenía, en efecto: un hambre atroz, y que se comía al Lord dentro de una ballena en forma de botella; cada mordisco que daba al Lord en sueños era un mordisco que daba en realidad a la manga de su blusa marinera; de





ahí que al despertar se encontrara en la boca pedazos de algo salado, estropajoso, muy parecido a la mojama, pero que no era mojama, sino trapo.

Se restregó los ojos y miró. A diez o doce metros de allí estaba el Lord colgando el chaquet, muy cuidadosamente, de una rama, para secarlo al sol sin que se le hicieran arrugas.

John se acercó y hablaron. O habló el Lord, mejor dicho. El Lord era parlanchín por la mañana: tenía costumbre de hablar al criado mientras le vestía.

John hizo de criado tía, y mientras el criado pensaba en otra cosa. John hizo de criado esta vez. El Lord parlotaba mientras de paso hacía los ejercicios de gimnasia sueca que solía hacer por las mañanas. El marinero fumaba y le miraba.

—¿Qué raro ¿eh? —decía el Lord (flexión de tronco izquierda)—, se me ha ¿eh? (flexión derecha tronco) curado el constipado en esta noche (flexión de pierna izquierda); es el alcohol (flexión de pierna derecha). Es sin duda el alcohol...

De pronto el Lord alzó los dos brazos a la vez, ejecutando a la perfección el movimiento 17 del manual de gimnasia sueca... Pero esta vez no era por gimnasia, sino por asombro, por desesperación, por... por... por... porque un pájaro infame, ese pájaro picudo y zanquilargo que llaman flamenco, había venido por los aires, y cogiendo con el pico el chaquet por el cogote, volaba con él y desaparecía con él sin más contemplaciones.

Cuando pasaron cinco minutos sin que el Lord bajara los brazos comprendió John que el Lord se había distraído y le puso los brazos en su sitio como si estuviera manejando la rueda del timón.

—¿Qué haces?

—Puede V. E. coger un aire así.

—Tienes razón, barbián. Te lo agradezco... Vamos a ver si desayunamos, ¿te parece?

Se encontraron a los pocos minutos unos cocoteros excelentes. Pagaba el Lord a precio de oro en su país cocos de aquella clase. Bebieron, comieron y... al prepararse para continuar su paseo oyeron unos pasos ligeros en la arena, volvieron la cabeza y ¡caramba!, era el flamenco que se acercaba a ellos puesto el chaquet de Lord Piper y trayendo en el pico una tarjeta. ¿Qué era aquello?

VI

Había ocurrido una cosa muy sencilla. Aquel flamenco estaba en las posesiones de Lord Apricot, un gran señor de la aristocracia de Inglaterra, y vivía a sus anchas, yéndose donde le parecía y volviendo a su casa cuando le parecía, después de hacer por esos mundos excursiones curiosísimas. Cuando se presentó esta vez en casa de Lord Apricot, con aquel chaquet tan precioso, todos en la casa de Lord Apricot, conformes en que un chaquet así, con aquel corte, aquel color, aquel ribeteado y aquella flor en el ojal no podía ser más que de un hombre en el mundo: de su gran amigo Lord Piper. Registraron los bolsillos y encontraron, en efecto, tarjetas de Lord Piper. Comprendieron que algo extraño, tal vez algún naufragio, debía de aquejar a su amigo, y el amo de la casa escribió en una suya lo siguiente:

LORD APRICOT

saluda afectuosamente a su querido amigo Lord Piper, y tiene el gusto de comunicarle que el dador lleva encargo de conducirlo a ésta su casa

—Nos iremos los dos —dijo en seguida Lord Piper al enterarse de lo que se trataba. Pero el flamenco negó con la cabeza.

—Bien, hijo mío —dijo Lord Piper al flamenco—, a ti te han encomendado que lleves a uno nada más, y cumples; pero no vamos a dejarnos aquí a este buen amigo.

¡Nada! El flamenco se negó rotundamente a dejar que John montara. El Lord, en vista de eso, tampoco quiso montar; pero el marinero, en vista de eso, no quiso tampoco de ninguna manera que el Lord no montase; y, al cabo de mucho discutir, tuvo que hacerse todo como decía la tarjeta.

Abrazó el Lord al marinero.

—Adiós, hijo; no olvidaré nunca lo que has hecho por mí.

John hubiera devuelto de buena gana el abrazo al caballero, pero no se atrevió; saludó militarmente y tuvo el gorro levantado en alto hasta que el flamenco y el Lord, volando, volando, se perdieron de vista a lo lejos.

Todavía, después, estuvo un buen rato John mirando por donde se habían ido: luego se sentó al pie de un árbol, triste, triste, y comenzó a fumar por ver si se le pasaba la tristeza.

Pero el fumar le ponía más triste todavía. Cogió la botella y fué a beber. De la boca de la pipa salió una voz que le dijo: «¡No bebas!» Al principio hizo caso, y no bebió; pero estaba tan triste, tan triste, que volvió a beber como siempre. Y volvió a dormirse, como siempre.

VII

Pero ¡ay!, al despertar no encontró, como siempre, al lado suyo la botella. ¡Se habían llevado la botella!... En el suelo estaban las señales de las pisadas de dos hombres. Encendió la pipa, como en todo caso de apuro, pero, ¡cielos!, la pipa no tiraba... El tabaco no ardía... Nada; que no ardía. «¡Se ha enfadado la pipa conmigo!», pensó John, y se sentó en el suelo, decidido a dejarse morir, porque sin botella y sin pipa, era hombre muerto.

John, sin embargo, no sabía lo más grave de todo, y es que había caído en una tierra de negros antropófagos; unos de esos negros que se comen a los hombres, unas veces crudos y otras veces asados a la llama; pero que, de un modo o de otro, se los comen. Dos negros de estos le habían visto dormido. Como era para ellos aquel hombre un hombre raro, con una cara y un color y hasta un traje que ellos no habían visto nunca, no se atrevieron a meterse con él; por precaución le cogieron la botella, creyendo que sería el arma de aquel hombre, y echaron a correr para avisar al Rey y a todos la llegada de aquel animalucho tan extraño. Al recibir la tribu la noticia, se formó en plan de guerra y, con el Rey al frente, se prepararon para ir en busca del intruso, darle muerte entre todos, y, por supuesto, ¡cómo no!, comérselo entre todos.

Ya estaba preparado el ejército, y todavía seguía John sentado en el suelo, con las piernas dobladas, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Así se hubiera quedado mucho tiempo si no hubiese salido de la pipa un hilillo de humo que se le fué a meter a John por las narices... ¡Oh, qué felicidad!; la pipa echaba humo. ¡la pipa funcionaba!; ¡la pipa le había perdonado!...

En esto sonó un clamor horrible; la tribu entera bajaba por una montaña lanzando sus gritos de guerra y agitando en lo alto picos, pinchos, lanzas y toda clase de cachiporras espantosas. John, en fumando, no se asustaba por nada; y como la pipa le funcionaba, se quedó impassible, mirando con los ojos muy abiertos, con aquella cara suya de paleta ante un escaparaté...

Eran negros terribles casi todos. Tenían algunos quince cuartas y se habían puesto unas caretas atroces con pinchos y clavos. Todos se preparaban ya para la carga, cuando sucedió una cosa sorprendente. El Rey llevaba en la mano, como trofeo, la botella de John, creyendo que con un arma así se podía vencer a medio mundo, y la sacudía tanto, blandiéndola frenético, que la botella se destapó y empezó a verterse el vino. Al ver aquello, el Rey metió el dedo para probar, por curiosidad, a qué sabía aquello. Le pareció bueno, bebió; le pareció mejor, y repitió... Cuando había bebido cuanto quiso, pasó la botella a sus ayudantes, y estos a los otros, y los otros a los otros... Al cabo de un rato todos se habían llenado el cuerpo de aquella cosa tan rara, que sabía tan bien y que les iba poniendo a todos tan contentos a medida que bebían. Sonaron, por fin, unos gritos. El Rey daba de nuevo la señal de ataque: pero ¡ay!... parecía como si todos fueran en un barco; todos se caían para la derecha, todos se caían para la izquierda; se bamboleaba el ejército entero sin poder estar firmes y derechos.

John sintió entonces que le daban en el hombro. Era el flamenco que había vuelto, puesto siempre el chaquet de Lord Piper.

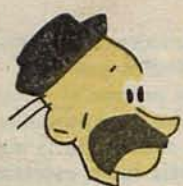
—Ahora es el momento —dijo a John— vamos al encuentro de los negros.

Y el flamenco y John se dirigieron al encuentro de los negros en el mismo momento en que todos caían de rodillas ante aquella pareja nunca vista. Los negros habían creído que eran dos seres sobrehumanos.

Así se salvó John y terminó de esta manera la primera aventura de la serie.

MANUEL ABRIL



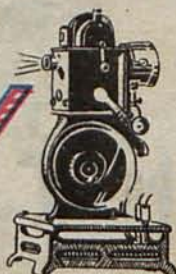


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



Camera y PatkÉ-Baby

EL CINE DE FAMILIA
A PLAZOS Y AL CONTADO
PELIGROS 14 Y 16 MADRID



ALELUYAS DE JUANITO EL MALO



Es Juanito un niño malo
que a cualquiera pega un palo



El tiene papá y mamá
y un perro que hace, guá guá



Se escapa por el balcón
por no estudiar su lección



Del bosque por la espesura
va en busca de una aventura



ve lo primero un lorito
que le dice "adiós Juanito"



Después se encuentra una mona
y ésta ya el pelo le toma,



como se encuentra cansado
un ratito se ha sentado



Luego hasta sin pantalones
le dejan unos ladrones.



Después le tiran al río
para que muera de frío



Y un pescador lo ha sacado
creyendo que es un pescado



Lo lleva con su papá
y éste un regaño le dá



Y acababan las aventuras
dándole unas calenturas.

APARATOS Y DISCOS

Cineon

A PLAZOS

Y AL CONTADO

Preciados 1
Peligros 14



Ayuntamiento de Madrid

Madrid

¿SABÉIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

¿CÓMO FABRICA SU CASA EL CASTOR?

¿Sabéis cuál es el arquitecto mejor del mundo? ¿No? Pues el arquitecto mejor del mundo es un pequeño animal que nunca ha ido a la escuela, ni conoce los libros, ni los lápices, ni las reglas, ni el compas, ni siquiera sabe cuántos hacen dos y dos. Pero diréis, ¿cómo se puede ser tan buen arquitecto sin saber nada de todo esto? Sin embargo, así es. Y lo más curioso del caso es que este magnífico arquitecto, se parece mucho a una rata muy gorda y su cuerpo no es más grande que el de un gato, su terrible enemigo. Ya supongo que probablemente nunca le habréis visto vivo, pero como su pelo sirve para hacer sombreros y su piel para hacer zapa-
tillas, chalecos, etc. estoy seguro que cuando me-
nos lo habréis oído nombrar.

Este diminuto arquitecto es el castor, que vive siempre en los ríos y tiene una cola que le sirve de remo, porque cuando nada la mueve hacia un lado o hacia otro para cambiar de dirección.

No sólo los hombres construyen sus casas: tam-
bién ciertos animales hacen las suyas. El castor,
por ejemplo, que la construye siempre al lado mis-
mo del agua, lo hace del modo siguiente: para ha-
cer las paredes coge troncos y ramas de árboles,
barro y piedras, y lo une todo entre sí de modo
que resulte muy fuerte. Luego lo recubre todo con una capa de bar-
ro o lodo y lo alisa con su cola aplana, igual que lo hacen los
albañiles, pero teniendo cuidado de no dejar ningún agujero en la
parte de afuera. Estas casitas tienen casi todas la altura de un niño
de siete u ocho años, y son tan anchas que extendiendo los brazos
no se tocaría en las paredes. A veces tienen hasta dos y tres pisitos,
y el castor coloca en uno la comida para el invierno, en otro una
alfombrita de hojas y hierba seca para dormir blandamente; de
modo que tienen sus despensas, su comedor y su cuarto de dormir,
lo mismo que las nuestras. En la parte de arriba hacen una pequeña
abertura, como una chimenea, para que entre el aire, y que disimulan
con ramas y troncos. Y cuando les parece que su casa no está ba-
stante segura, o que va a caerse, la apuntalan por todos lados.

Para que nadie pueda descubrir donde vive, hace las puertas de

su casa en forma de agujeros o túneles, a veces muy largos, que van desde su casita al agua. Unos de ellos sirven para el uso ordinario, para entrar y salir corrientemente, pero hay otro que sólo sirve para el invierno. El castor, que es muy listo, como buen arquitecto, sabe que cuando hace mucho frío, la parte superior del agua del río se hiela, y para no encontrarse sin salida, hace un túnel más bajo que va a salir al fondo del río, porque allí nunca está helada el agua; en este mismo túnel tiene la previsión de almacenar cor-
tezas de árbol, que constituyen su comida preferida.

Pero hace más todavía. Su gran preocupación es que no queden descubiertos los agujeros que conducen a su mora-
da y para esto es necesario que el río tenga siem-
pre la misma agua; pero como esto no pasa así,
porque lleva más o menos, según llueva o no, para
conseguir sus deseos se decide a construir una
gran muralla o pared que vaya de una parte a otra
del río. Con sus dientes afiladísimos empieza por
morder los troncos de los árboles que crecen allí
cerca hasta que caen. Corta luego estos troncos
en trozos más pequeños y los va colocando en el
fondo del río, junto con barro y piedras para que
estén muy unidos y no se los lleve el agua. La

obra va aumentando rápidamente, hasta que por fin llega a cons-
truir una pared tan fuerte como la que podría hacer un hombre. Y
de este modo consigue formar delante de su casa un lago pequeño,
que siempre tiene la misma agua, porque en el caso de llover mu-
cho, la que sobra se escapa por unas aberturas que deja en lo más
alto de la pared.

Hay castores que construyen sus casitas al aire libre, como las
cabañas de los pastores, con ramas entrelazadas, y a veces tan gran-
des como el comedor de nuestras casas. Algunas están divididas en
pisitos, y vive en cada uno de ellos una familia; pero siempre, eso
sí, con la puerta de entrada y salida muy escondida y comunicán-
dose con un corredor que va por debajo de tierra.

Las casitas de los castores es una de las cosas más extraordina-
rias que puedan verse.



¿POR QUÉ SUBEN LOS GLOBOS?

Pedrin deseaba tener un globo, y su padre, que le quería mucho por sus bondades, le regaló uno. ¡Había que ver a Pedrin saltan-
do de contento con el globo en sus manos! Sin perder un momento
se dirigió, lleno de alborozo, hacia el jardín donde jugaba todos los
días con sus amigos para mostrarles su flamante y reluciente ju-
guete. Pero he aquí que de pronto se queda mirando
hacia arriba con la boca abierta y con cara de mucha
angustia. ¿Por qué? ¿Qué pasaba? Lo que pasaba es
que estaba desconsolado porque había soltado el hilo
que sostenía su globo, y éste, libre, subía hacia el cielo,
siendo cada vez más pequeño, hasta que, por fin, se
perdió de vista.

¿Por qué aquel pequeño globo se había marchado a
vivir a las nubes? Además, ¿cómo se las arreglaba para
poder volar sin alas? ¡Ah! Este era su secreto.

Este secreto es el mismo que el de las pompitas de
jabón y el de los globos grandes, esos en los que los
hombres van metidos dentro de un cesto.

¿Sabéis por qué vuelan las pompitas de jabón y por qué voló
aquel globo de Pedrin? Pues las pompitas de jabón vuelan porque
al soplar en la paja o canuto se mete dentro de ellas el aire ca-
liente de nuestra boca, y como ese aire caliente es más ligero que
el frío, que es el que nos rodea, es por eso por lo que se sostie-
nen sin caerse. Y en prueba de que es así, fijaos en lo

que pasa al cabo de un ratito, cuando el aire de su
interior se ha enfriado, y vereis que se vienen en se-
guida al suelo. Pues eso que pasa con las pompas de
jabón pasa también con los globos, pero con la dife-
rencia de que no están hinchados con aire caliente, sino
con un aire especial, llamado hidrógeno, que a pesar
de estar frío, pesa mucho menos que el que respiramos.
Es claro que si pesasen tanto como una sandía, por
ejemplo, no podrían volar; pero en estas condiciones, y
con aquella envoltura tan delgada, es imposible que se
caigan.

JACOBO JOSÉ.



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

**Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales**

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

I

LAMPARILLA

ERA delgado y gris como la ceniza de un cigarrillo que se ha ido quemando solo. Sobre la espalda llevaba una luz azulada. No había en todo el bosque un gusano de luz como Lamparilla.

Durante mucho tiempo, con su luz sobre la tripa, *Lamparilla* fué el sereno del bosque. Abría a los topos la puerta de su casa y a las hormigas su hormiguero cuando llegaban tarde por las noches.

Pero de sereno se gana muy poco, y entonces *Lamparilla* decidió irse a la ciudad, arrastra que te arrastra, por los caminos.

Y en la ciudad buscó trabajo.

Al principio encontró colocación en un estanco, sobre el mostrador. Cuando algún señor compraba un puro, no tenía luego más que acercarse a la luz de *Lamparilla*, y en seguida lo tenía encendido y podía salir a la calle echando más humo que la máquina del tren.

Lamparilla trabajó en este puesto hasta que hubo en la ciudad una huelga de faroleros.

Entonces *Lamparilla* se metió a encender faroles. Se subía poco a poco por los faroles, y al llegar arriba los encendía. Después volvía a bajar.

Pero los faroleros tomaron muy a mal que *Lamparilla* les estropease la huelga y decidieron tomar venganza. ¿Lo mataron? No. Eso era demasiado.

La venganza fué que un día el jefe de los faroleros huelguistas se acercó a *Lamparilla* cuando éste subía a encender un farol, y le dió un soplido en la luz.

Y la luz se apagó.

Y el pobre *Lamparilla* se quedó a oscuras y tuvo que dedicarse a pedir limosna con un cartel que decía:

POBRE GUSANO APAGADO



¡Qué triste vida entonces la del pobre *Lamparilla*!

Hasta que un día *Lamparilla* vió una cerilla encendida en el suelo, y se acercó a ella, le arrimó su lomo y la luz de *Lamparilla* se volvió a encender.

Y hoy, en la cumbre de la fortuna, *Lamparilla* está colocado en el Ayuntamiento para hacer de farol en las obras de pavimentación, subido encima de una pila de adoquines.

II

BIM-BON

BIM-BON era uno de los setenta elefantes del rey de Siam. Con esto se indica que no había podido caer en mejor sitio, pues en Siam nadie estaba mejor alimentado que los elefantes del rey.

Pero *Bim-Bon* no se conformaba con su suerte, porque no podía tragar al rey de Siam, que era un cascarrabias tremendo y que por el menor motivo montaba en cólera y pinchaba a todo el mundo con la punta de su sable, lo mismo a sus elefantes que a sus ministros. Su mal humor lo pagaba todo el reino. Para nadie tenía una amabilidad ni una compasión. Era un rey imposible.

Un día el rey de Siam quiso salir de paseo, y mandó que colocasen su torre de oro sobre los lomos de *Bim-Bon*. Después subió él a la torre y mandó poner en marcha su regia comitiva.

Cuando hubieron salido, *Bim-Bon* dijo para sus colmillos:

—Ahora es la mía. Vas a ver lo que es bueno, mamarracho.

Y sin decir más, echó a correr por la ciudad, y después por el bosque, sin que nadie lograra darle alcance.

El rey de Siam gritaba desde lo alto de su torre de oro y se enfurecía, pero *Bim-Bon* no paró hasta que estuvieron a muchas leguas de Palacio. Allí, en el bosque, con ayuda de su trompa, depositó al rey en el suelo y le dijo:

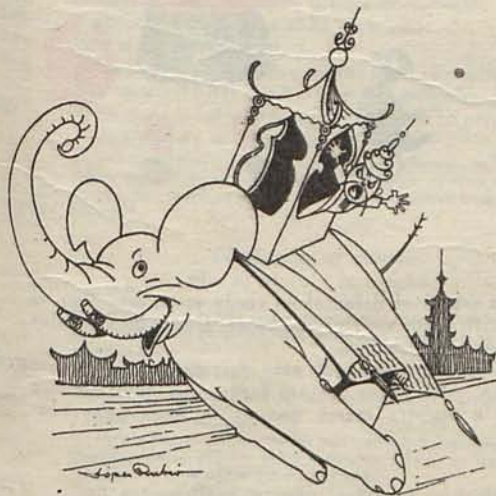
—Yo me voy a correr mundo, donde me traten mejor que tú me has tratado y que tú tratas a los tuyos. Ahí te quedas. Por este lado puedes volver a tu palacio, rey de Siam. A buen paso tardarás cinco o seis días en llegar. En el camino tendrás que buscarte qué comer y hasta pedir a los campesinos un alojamiento donde pasar la noche. Cuando llegues a tu palacio, después de la caminata, o de pasar hambre y frío, y de que te caiga la lluvia encima, serás más humilde y habrás aprendido a tratar con más bondad a los hombres y a los animales. Adios.

Y se fue *Bim-Bon* tronchando árboles a su paso.

Bim-Bon era un sabio con colmillos. Sucedió todo como él había previsto, y cuando, años más tarde, el rey de Siam se encontró en un circo europeo con que *Bim-Bon* estaba de último número y era muy aplaudido, los dos celebraron mucho volverse a ver.

El rey de Siam, que se había vuelto un rey bueno y generoso, para demostrar a *Bim-Bon* su agradecimiento por la provechosa lección que le dió en el bosque, le regaló una lata de galletas, que *Bim-Bon* se tragó, con lata y todo, después de haberla suspendido en el aire con su trompa larga, flexible, negra y arrugada como un perchebe.

I Lopez Rubio



Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Pelíeros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid



SECCIÓN PIRULA

Soy una muñeca de trapo y me llamo Pirula.

Mi historia es breve: yo tenía una mamá monísima, encantadora, parecida a tí, amable lectorcita y amiga. Pero a mi mamá le sucedió una cosa corriente en las mamás de las muñecas; y es que creció y se transformó en una persona mayor.

Entonces ¡ay! dejó de mimarme y me arrinconó junto a una biblioteca; yo, que me aburría, me puse a leer todos los libros que tenía a mi alcance; eran preciosos y relataban las maravillosas hazañas del gran Pinocho; me entusiasmé de tal modo, que resolví compartir sus aventuras.

Y una noche huí de la casa de mi mamá; fui en busca del héroe de la larga nariz y le propuse que me llevara con él en todos sus viajes. Pero Pinocho exclamó, riendo:

—¡Sí, sí! ¡Para viajes estoy yo ahora!

—¿Pues qué te pasa, Pinochín?

—Que estoy fundando para mis amigos y lectores, que son todos los niños del mundo, un periódico estupendo.

—Entonces, ¿no te sirvo para nada? —murmuré llena de pena.

Y he aquí que el héroe se golpea la nariz —que es su modo de golpearse la frente— y exclama:

—¡Se me ocurre una idea, Pirula! Primero dime si eres una buena

muñeca de tu casa y sabes de costura, corte, adorno de muebles, confección de golosinas, etc., etc...

—¡Uy! —exclamé (y no mentía, como veréis más adelante)— sobre esos porticulares soy Lepe con faldas.

—¡Esta es la mía! —dijo Pinocho encantado—. Has de saber, Pirula, que yo antes destripo un dragón, descubro una partida de ladrones, me voy a la luna, doy la vuelta al mundo y conquisto un trono que pegarme un botón de la casaca; por eso, a pesar de ser mi periódico el más bonito, divertido, gracioso, ameno, completo y abundante del mundo, temía no dar entera satisfacción... a las lectoras. ¿Quieres tú, Pirulita, hacerte muy amiga de ellas y dibujar y escribir cosas que las divierta y al mismo tiempo les sean útiles?

—¿Que si acepté? Ya lo veis; para eso estoy aquí.

Y ahora os pido un gran favor: escribidme para decirme todo lo que se os ocurra y para pedirme consejos, recetas, indicaciones; yo os contestaré aquí; es la mayor alegría que me podáis dar y es la mejor manera de premiar si creéis que lo merezco— el cariño y el entusiasmo con que os ofrezco mi amistad... que también las muñecas de trapo tenemos nuestro corazoncito, y bien tierno... puesto que es de serrín.

PIRULA, MODISTA

Mi mamá tenía el ligero defecto de que aborrecía los delantales y hacía rabiar a la suya —a su mamá— porque se empeñaba en no ponerse ninguno.

Por si a otras niñas les pasa lo mismo, he inventado el adjunto modelo que, con ser tan divertido y fácil de confeccionar como barato de coste, lo preferirán seguramente, a los más lujosos y lindos vestidos.

Se llama «Delantal Caperucita»; ¡hasta el nombre es bonito!

Se puede hacer en cretona de la más ordinaria, amarilla, uniendo con cintas a los lados la parte de detrás a la de delante y ribeteando el contorno con un ancho punto de festón, bordado en grueso algodón perlé negro.

La gentil caperucita que lo adorna es de tela no menos económica, y pegada en la forma que sigue:

Primero se coloca, cosiéndole alrededor, un trozo de tela blanca, de cualquier forma, cuyo centro será la cara; luego se coloca el trozo de tela azul del vestido, cosiendo con un punto de cadeneta del mismo tono los bordes de los tres lados visibles. Por último se coloca encima la caperuza, recortada en la forma que indica el grabado, cosiéndola alrededor con cadeneta roja. En la caperuza se recorta previamente un círculo por el que aparece la tela blanca que figura la cara.

Los ojos son dos círculos bordados en azul, a punto de cordón, y asimismo los carrillos y la boca, pero en rojo. La nariz es un lunar.

Los contornos de las manos y de la botella están bordados a punto de cadeneta o de cordón, como más os guste; el pájaro y la cesta van rellenos con grandes puntadas de «pespunte cruzado», el uno en azul y la otra en rojo.

Si sois morena, todos estos colores os sentarán perfectamente;



si sois rubia, mejor estará el delantal en verde y, en este caso, el vestido de Caperucita puede ser amarillo limón. Desde luego, todos los colores tienen que ser rabiosos.

Os aconsejo que primero le hagáis este delantal a vuestra muñeca —¡dichosa ella!—; luego os gustará tanto, que querréis otro igual... y pediréis a vuestra mamá que os lo haga para vosotras.

PIRULA, MUEBLISTA

Estos muebles, cuna, butaca y banqueta, que aquí veis, tienen diversas ventajas: la primera es que lo mismo sirven —en pequeño— para la casita de muñeca que —en mayor— para vuestro cuarto; ya iré presentándoos otros modelos que completen el mobiliario.

La segunda es que son bonitos, originales y prácticos.

La tercera es que son facilísimos de hacer, hasta el punto de que basta con mirar el dibujo y huelgan las indicaciones.

Os aconsejo que para hacerlos requiráis la ayuda de papá y mamá, repartiendo el trabajo entre todos, de la manera siguiente:

Papá serrará las tablas —unas tablas de madera corriente— y las clavará en la forma que indica el grabado.





EL TEATRO DE PINOCHO

EL DUQUESITO DE RATAPLÁN

COMEDIA BUFA REPRESENTABLE

CUADRO PRIMERO

En el palacio real de Pirulandia. Una mesa con dos cubiertos. A la puerta, dos mayordomos. La puerta se abre.

LOS MAYORDOMOS Cantando con música de «Ambo, ato, matarilerile»

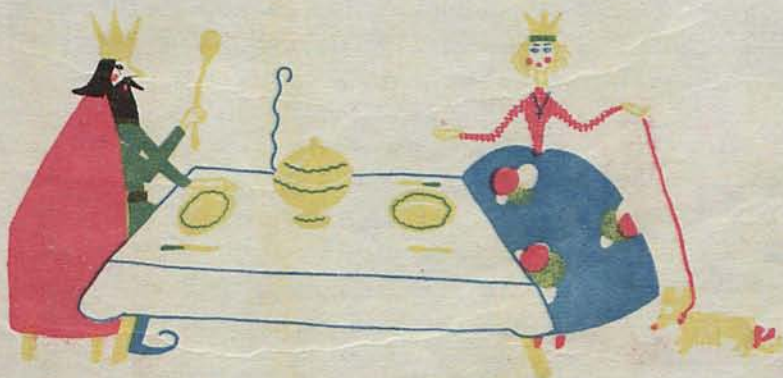
Paso, paso, al rey Pirulón Pirulo.

Paso, paso, a nuestro rey Pirulón.

Entra el rey con la princesita Pirulina, que trae de una cinta roja a su perrita Lulú. Se sientan a la mesa.—Nota: Para la representación el perrito puede ser de trapo.

REY Mi Majestad tiene hambre. Servid.

La puerta se abre y aparece un criado con una sopera y la coloca ante el rey.



REY Destapando la sopera y armado de un enorme cucharón. Sopa de puré de cangrejos habemos; mi real olfato lo ha oído. Me alegro; es mi sopa predilecta. Pirulina, dame tu plato; te voy a servir.

PRIN. Papa, yo no quiero sopa.

REY Las niñas bien educadas no dicen «no quiero», y además comen la sopa hasta la última cucharada.

PRIN. Papá, yo no soy una niña bien educada.

REY Eso sí que es la verdad.

PRIN. Besando y acariciando a su perrita. Rica, monina; ¿quieres probar la sopita del rey? Mete el hocico de la perra en el plato de S. M.

REY Que traigan el plato siguiente para la princesa. Al menos cuando come me deja en paz.

La puerta se abre y entra un criado con una fuente, en la que viene un magnífico pescado frito. La perrita salta a tierra, se mete entre las piernas del criado, éste tropieza y deja caer la fuente, que se hace añicos.

TODOS Cantando.

Al alimón, al alimón,
que se ha roto la fuente.

Entre tanto, la perrita está muy ocupada en comerse el pescado caído; de pronto lanza un estornudo que parece un ladrido, o un ladrido que parece un estornudo.

PRIN. ¿Qué le pasa a mi perra? La coge en brazos. Lulú, ¡mi Lulú! Se ha atragantado con una espina. ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Que vengan los médicos!

Se abre la puerta y aparecen los tres médicos de palacio; gorros altos y puntagudos, batas negras, gafas redondas. El rey no ha cesado un instante de comer la sopa a grandes cucharadas.

PRIN. Señores médicos, pronto, ¡salvad a mi Lulú!

MÉD. Inclinan sus gorros sobre la perrita y cantan.—Aire de *El rey que rabió*.

¡Esta perra está muerta,
O no lo está!

PRIN. Lanzando un grito agudo. ¡Muerta! ¡Mi Lulú muerta! ¡Ay! Se desmaya.

REY Súbitamente cesa de comer la sopa y empieza a tirarse de las barbas con desesperación y a dar grandes voces. ¡Que vengan las damas! ¡Que vengan los ministros! ¡Que venga toda la corte! ¡Que venga todo el mundo!

Se abre la puerta y entran las damas de honor y los cortesanos, que se llevan a la princesa desmayada, con grandes aspavientos. Quedan el rey y sus ministros.

MIN. ¿Qué desea vuestra Majestad?

REY Deseo que se encuentre inmediatamente un medio de vengar la muerte de la perrita de la princesa.

MIN. ¿En quién hemos de vengar esta irreparable desgracia?

REY En el pescado frito y en cuantos gusten de comerlo.

Los tres ministros se colocan el dedo índice de la mano derecha en el medio de la frente en señal de meditación profunda.

1er. MIN. ¿Si se prohibiera en todo el reino comer pescado más que en salsa o en croquetas?

REY Es poco.

2.º MIN. Yo propongo que se prohíba pescar la más insignificante trucha, el más microscópico lenguado.

REY Es poco.

3.º MIN. También podría prohibirse...

REY Basta. ¿Cómo pudo ocurrírseme buscar ideas en el cerebro de un ministro? Tanto monta buscarle pelos a una bola de billar.

MIN. Señor...

REY Basta he dicho. La idea la tengo yo, y es magnífica, como mía. Para perpetuar en el mundo entero y por los siglos de los siglos la memoria de la horrible desgracia de que acaba de ser víctima la Alteza de mi hija en la persona de su perrita Lulú, ordeno y mando que se promulgue la ley que sigue:

«A todo forastero de alta condición que entre en el reino de Pirulandia se le invitará a comer en Palacio y se le servirá un pescado frito. Si después de comer un lado le da la vuelta para comerse el otro, será al punto condenado a muerte y ejecutado en un plazo de tres días. He dicho.»

Se abre la puerta y todo el mundo vuelve a entrar. Y el rey sale fieramente mientras todos se inclinan cantando:

Paso, paso, al rey Pirulón Pirulo.
Paso, paso, a nuestro rey Pirulón.

(Continuará en el número próximo)

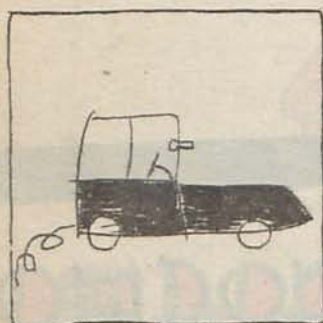
NOTA.—Al final de la comedia daremos las instrucciones necesarias para facilitar la representación.



Leed las nuevas y extraordinarias aventuras de Pinocho



COLABORACION INFANTIL



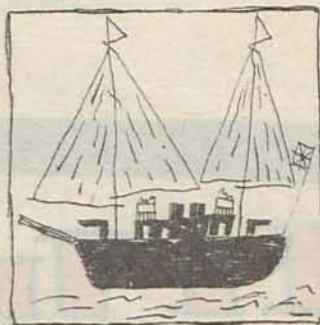
El autín de papá.
SATUR C. GONZÁLEZ CAMINO.
Cuatro años, Madrid.



Chin-Chun, famoso explorador americano,
compra una cebra y cree haber hecho un
gran negocio...



pero empieza a llover y ve que es una far-
sa, pues le han dado un borrico.
Buby.
Nueve años, Madrid.



En el barco que me voy a ir a la Habana
RAFA C. GONZÁLEZ CAMINO.
Seis años, Madrid.

NO SE PUEDE SER TRAVIESO

O EL SUEÑO DE PEPÍN



... y el que parecía jefe

Era un niño muy malo que se llama-
baba Pepín, y una noche que todos
estaban durmiendo se levantó y se
fué a su cuarto de jugar, y vió, ¡¡ohll,
¡¡horrorll, una infinidad de enanos
rojos que jugaban con todos sus ju-
guetes, y les dijo: dejad
mis juguetes.

Pero el que parecía jefe
le dijo: no queremos. Y al decir esto hizo una
seña, y todos los enanos se tiraron a Pepín y
le cogieron.

El jefe, que se llamaba Rataplún, ordenó:
llevadle a la gruta encantada y hacerle que
se pierda para vengarnos de nuestros amigos,
los juguetes, por haberlos roto. Y dicho esto, gritó:

Gruta encantada,
abre tu secreta entrada.

Al punto se abrió, y un enano salió y dijo: todo lo

he oído y todo lo sé y ya está preparado. Y al decir
esto le dió a Pepín una bebida, y al punto se encontró
en un aposento oscuro, donde todos sus juguetes es-
taban.

De pronto un caballo le dijo: ¿por qué me rompistes
las orejas y me arrancastes el rabo? ¡¡Infame!! Y salta-
ron los soldados: ¿por qué nos rompes las
piernas? ¡¡Ladrón!! Y dijo la bicicleta: ¿por
qué me haces correr de esa manera para des-
pués romperme? ¡¡Canalla!! Y en fin, le aturdían
entre todos por sus travesuras. Ya rendido cayó
al suelo, y de pronto oyó
un grito que decía: ¡Ay,
que Pepín se ha caído de
la cama. Y... se despertó



... un caballo le dijo

Pepín entre el gran asombro al ver
se en su casa y ver que todo había
sido un sueño. Ya no volvió a rom-
per sus juguetes y fué un buen niño.

RAFAEL B. SÁNCHEZ.
(Nueve años).



... oyó un grito que decía



El colmo de un guardia:
Parar un reloj.

MAGDA DE PAUL.
Nueve años. Madrid.

A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca
con lápiz ni en colores; y si sois tan listos como nosotros nos figuramos y os atre-
véis a hacer cuentos, tened cuidado de que no pasen de 40 líneas escritas en una
cuartilla.

Los trabajos los mandaréis firmados con vuestro nombre y apellido, indicando
el lugar de vuestra residencia y edad.

NOTA.—Los trabajos deben venir acompañados del cupón para «Colabora-
ción infantil».

Autopianos
"MELODIA"-
"VIRTUOLA"

REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo

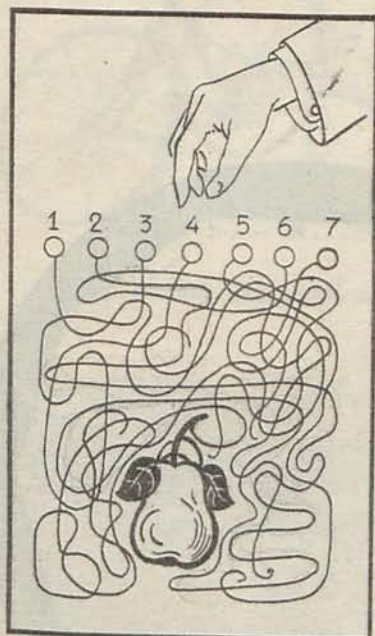


Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola.S.A.

Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

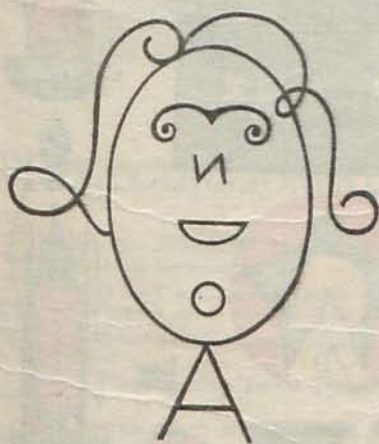
Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS



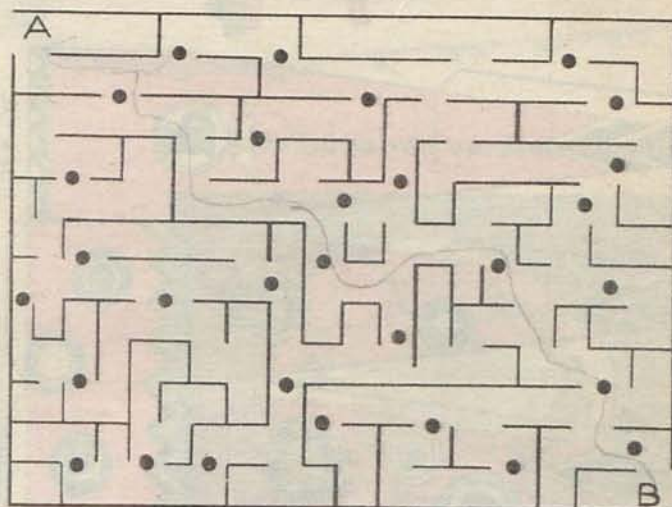
LA PERA ENMARAÑADA

Esta pera está atada por uno de los siete hilos que aquí veis; para cogerla hay que tirar del que sujeta la pera. ¿De qué hilo hay que tirar?



DIBUJAR CON LETRAS

Combinando las letras de un nombre cualquiera formar el dibujo de una cabeza. Como ejemplo damos este dibujo hecho con el nombre de Leonardo. Mandad las soluciones a PINOCHO para optar a los premios.



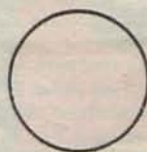
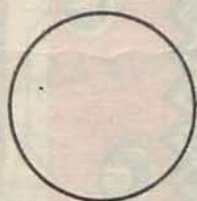
EL LABERINTO

Un simpático lector nos pide consejo para solucionar un grave conflicto: Tiene que pasar por una habitación inmensa, dividida por varios tabiques que forman pasillos, según se ve en el adjunto grabado.

Tiene que entrar por la puerta A (arriba, a la izquierda) y salir por la puerta B (abajo, a la derecha), y cada vez que pase por una de las aperturas señaladas con un redondel negro, el dueño de esta habitación extraña le obliga a pagar 10 céntimos.

Nuestro lector es económico y nos pide que le indiquemos el camino que le salga más barato, es decir, que le haga pasar menos veces por los sitios señalados. ¿Queréis ayudarnos a resolver el conflicto?

Para ello podéis recortar el grabado o calcarlo exactamente, y con una raya muy visible, hecha con tinta, señalar el camino que, partiendo de la puerta A hasta la puerta B, pase la menor cantidad de veces por los puntos marcados con redondeles. Decidnos también, según el camino trazado por vosotros, cuál es la suma total que habrá de abonar nuestro lector y amigo.



LOS DOS CIRCULOS

Con estos dos círculos, dibujar una o dos figuras. Para que os deis una idea de cómo se puede hacer ponemos el dibujo de al lado. Mandad vuestro dibujo a PINOCHO, y el más acertado tendrá un premio.

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

Entre los más acertados se rifarán a fin de mes gran cantidad de premios. Oportunamente daremos la lista de estos premios, que os entusiasmarán por lo admirables que son.

CUPÓN I

♦ ♦ ♦ ♦ Colaboración infantil

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:
"CONCURSOS PINOCHO"

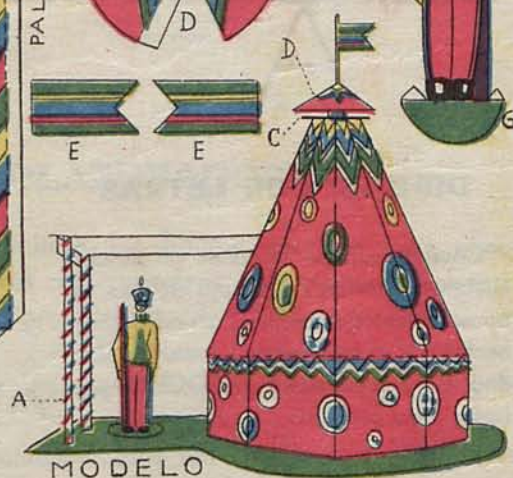
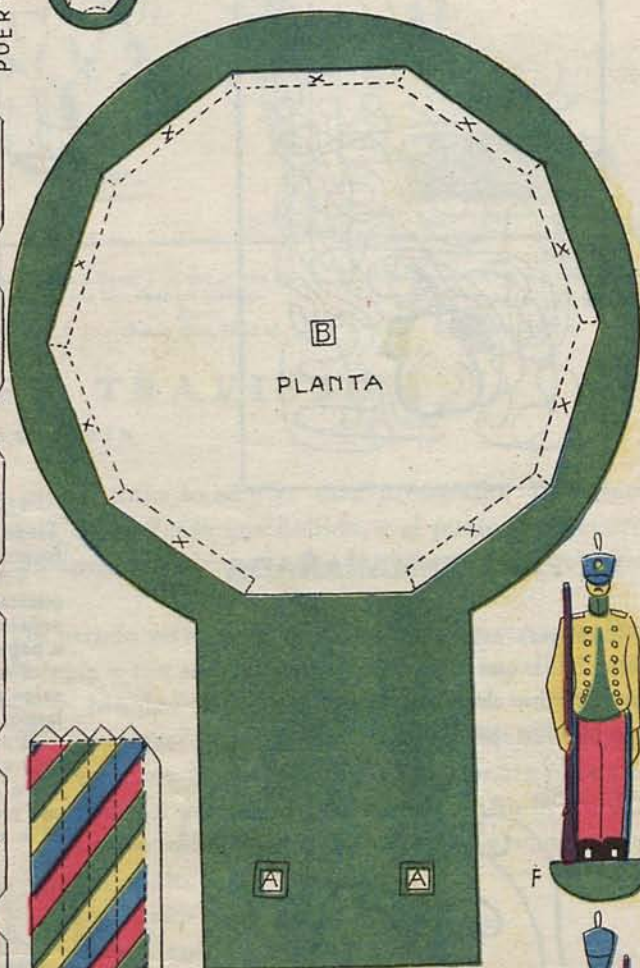
CUPÓN I

♦ ♦ ♦ ♦ Concursos PINOCHO

SECCIÓN RECREATIVA



PUERTA



PALO DE LA PUERTA

CONSTRUCCION
DE UNA TIENDA DE CAMPAÑA
INSTRUCCIONES



PALO DE LA PUERTA

Péguese toda la plana sobre una cartulina flexible, y una vez bien seca recórtense las piezas por la línea negra y váyanse doblando por la línea de puntos. Péguese la solapa núm. 1 por debajo de la línea núm. 2. Doblad el palo central y pegadlo en el centro de la planta B. Una vez hecho esto, pegad las solapas X sobre la planta X. Doblad la puerta por su línea de puntos y dejadla levantada. Luego cortaréis el cuadrado del redondel C, pasando por él el palo central, pegando este redondel C a las puntas negras y sobre el palo la caperuza D. Doblad los palos A y pegadlos sobre la planta A, y sobre ellos la puerta, dejando doblado su borde por la línea de puntos y pegando éste también a los palos. Luego pegais los trozos E de la bandera, uno sobre otro, pegando a un extremo, y entre los dos, un palito de dientes, y lo pinchais sobre la caperuza D, sujetándole con una gota de cola. Pegad el soldado F sobre el soldado G, dejando sin unir las bases F y G; éstas las doblais una hacia adelante y otra hacia atrás, pegándolas sobre un redondel de cartón más fuerte. Colocad el soldado de centinela al lado de la puerta, y ya teneis formada la tienda de campaña del Rey Pinocho.

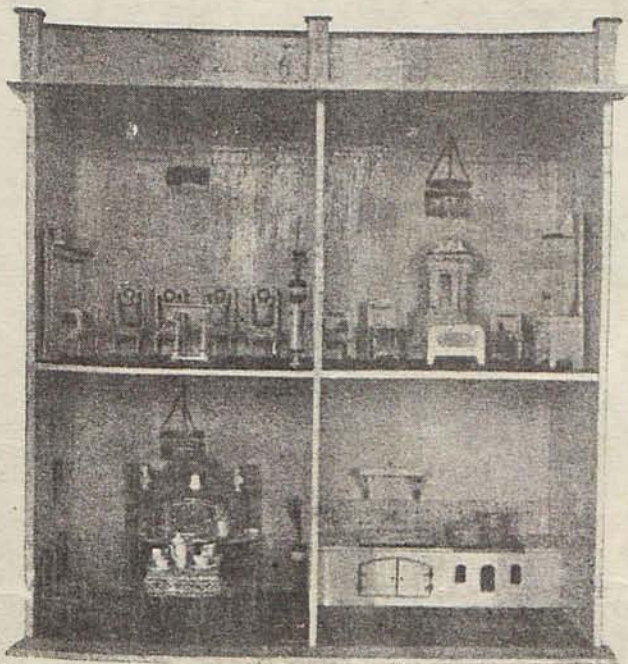
Tres triciclos como éste.



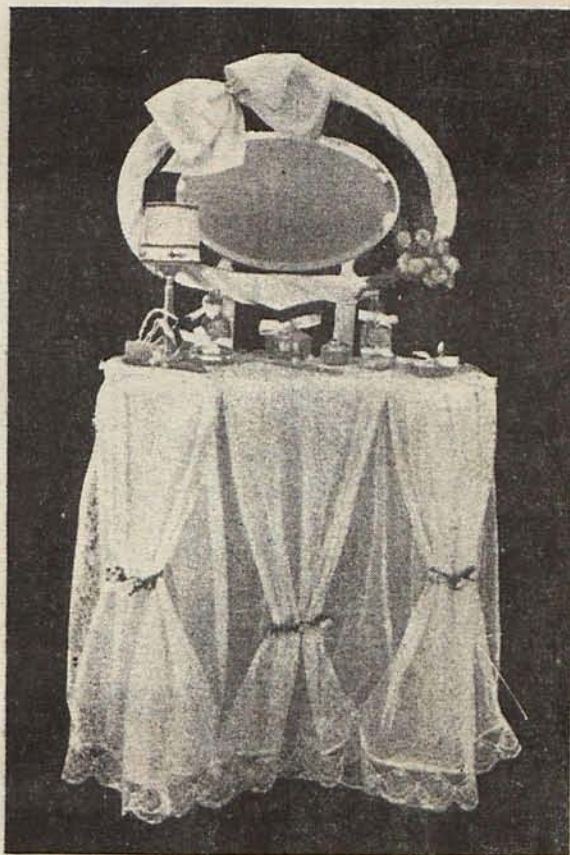
Un tren eléctrico como éste.



Dos casas de muñecas como ésta.



Dos tocadores «de verdad» como éste.



DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE

Ya veis que PINOCHO es espléndido como un rey. ¡Como que es el rey de los muñecos!

PUES AÚN HAY MÁS: Todo lector de PINOCHO puede obtener gratis tres tomos de la serie de aventuras de PINOCHO Y CHAPETE, elegidos por él mismo entre todos los de nuestra colección. ¡Tres tomos!

¿Qué hace falta para tener opción a todos estos regalos?

Pues sencillamente ser suscriptor por un año de PINOCHO o lector asiduo de él. A todo suscriptor por un año se le entregarán cincuenta números para el sorteo de los regalos arriba enumerados.

A todo lector de PINOCHO que nos envíe cincuenta cupones se le entregarán cincuenta números para el sorteo. (El cupón va al final de esta página.)

Todo suscriptor por un año de PINOCHO recibirá un boletín donde podrá indicar los tres tomos que desea.

Todo lector de PINOCHO que nos envíe cincuenta Cupones para cuentos podrá elegir los tres tomos que prefiera.

¿Está claro?

Es decir, tanto los suscriptores como los lectores de PINOCHO podrán obtener uno de los espléndidos regalos anunciados, y además recibirán gratis tres tomos de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Ninguno de vosotros dejará de suscribirse o de comprar PINOCHO, porque quien no lo haga sufrirá luego terribles remordimientos al tener que confesarse (aunque sea en voz muy bajita) que ha sido un tonto. ¿Y a quién no le duele el tener la seguridad de ser tonto sin remedio?

Cupón para el sorteo
de regalos.

Cupón para
cuentos.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

El amigo de **PINOCHO**, llamado que vive en la calle
de núm. Pueblo
Provincia de, se suscribe por a
PINOCHO, semanario infantil, para lo cual envía adjunta la cantidad de
en (1).

Llenad este Boletín y enviadle a **PINOCHO**. Apartado, 447. Madrid.

NOTA IMPORTANTE.—Para tener derecho a los tres tomos de **PINOCHO** y a los cincuenta números para el sorteo de regalos, es necesario suscribirse por un año o mandar los cincuenta cupones antes del 31 de Mayo, fecha en que se celebrará el sorteo.

(1) Valores declarados, giro postal, cheque, etc.

MADRID-PARIS

GRANDES ALMACENES



¡QUÉ BONITOS DIS-
FRACES! ¡QUÉ TRA-
JES TAN CAPRICHOS-
SOS! ¡QUÉ ALEGRÍA
DE COLORES!

AMIGUITOS MÍOS: SI
QUEREIS DISFRAZA-
ROS Y ESTAR MONÍ-
SIMOS NO DEJEIS DE
VISITAR MADRID-
PARIS. LO DIGO YO



TIENE
RAZÓN

